

GG

Ya está a la venta el libro



España. Vanguardia artística y realidad social: 1936-1976

Introducción. Prólogo V. Bozal y T. Llorens. España: 1939-1976 L. Paramio. El Pabellón de la República Española en la Exposición Internacional de París V. Pérez Escolano, V. Lleó Canal, A. González Cordón y F. Martín Martín. El Cartelismo y la Gráfica en la Guerra Civil I. Julián. Cinco motivos iconográficos: «Aidez l'Espagne», «Guernica», «La Montserrat», «Los trece puntos» y «El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella» V. Bozal. La imagen de la posguerra V. Bozal. Para hablar del realismo no hay que hablar del realismo V. Bozal. Arte y política en los años sesenta: Un relato oblicuo T. Llorens. Los años sesenta entre los «nuevos medios» y la recuperación pictórica S. Marchán Fiz. Arquitectura española contemporánea: Balbuces y silencios I. de Solà-Morales Rubió. Índice onomástico.

Colección Punto y Línea

Títulos publicados

- Christopher Alexander et al.
Urbanismo y participación
- Herbert I. Schiller
Comunicación de masas e imperialismo yanqui
- Francesco Poli
Producción artística y mercado
- Aldo Rossi
La arquitectura de la ciudad
- Furio Colombo
Televisión: La realidad como espectáculo
- Renato De Fusco
La idea de Arquitectura
- Gisèle Freund
La fotografía como documento social
- John Heartfield
Guerra en la Paz

Editorial Gustavo Gili, S. A.

membramiento y liquidación del imperio de los Habsburgo. País casi imposible en una época en que los imperialismos no hacían más que afilar sus cuchillos preparando la próxima matanza general, Austria llevaba en sí los gérmenes de la desintegración. En aquel país —no tan distinto de la fabulosa "Kakania", de Musil— se daba, sin embargo, a la vez que la mayor disolución social y política, una cultura deslumbrante. Basta con citar unos cuantos nombres: Musil, Karl Krauss, Freud, Schönberg, Webern, Berg, más el positivismo lógico y más el austromarxismo. En aquel país en descomposición, Fischer opta por lo más joven, lo más renovador: la socialdemocracia. La socialdemocracia austríaca era bastante diferente de la socialdemocracia alemana. Heredera de las tradiciones del socialismo revolucionario, era la principal fuerza política del país. Y la más impotente, también. Comida por el electoralismo y por el burocratismo, la socialdemocracia austríaca terminaría hincando la rodilla ante la reacción clerical y el fanático nacionalismo pan-germano. Fischer militó en su ala izquierda, convencido de que sólo desde dentro de aquel aparentemente formidable aparato político era posible variar el curso de la historia austríaca. Y cuando las derrotas vinieron a dar la razón definitivamente a quienes tuvieron siempre por estéril reformismo aquel intento de "tercera vía" entre socialdemocracia y bolchevismo, Fischer dio el salto: ingresa en el Partido Comunista, marcha a Moscú a trabajar en el aparato de la Komintern. Una década en Moscú. En años especialmente terribles. Luego, la vuelta a Austria para ser ministro, diputado, miembro de la dirección de su partido.

Todo el sentido del libro de Fischer se podría resumir en una simple pregunta: ¿Cómo ocurrió? Una pregunta que él se hace a la vez a nivel personal y colectivo. Porque afecta nada menos que al sentido último de su militancia revolucionaria. Porque trata de responder a esa tremenda incógnita del movimiento comunista que es la pasividad de millares de hombres y mujeres íntegros, entregados en cuerpo y alma a una lucha política desinteresada, frente a la degeneración estalinista. Ernst tal vez no fue nunca un marxista enteramente ortodoxo, al menos en los escritos teóricos que conocemos de él. Pero no cabe duda que fue un militante comunista impecable, en el cual se entrela-

zaban la vieja pasión libertaria del marxismo no contaminado por el estalinismo y la pasión ética de un demócrata radical. Fischer, con una sinceridad que le honra, no pretende engañar al lector presentándose como un resistente de primera hora frente al estalinismo. Nos cuenta cómo se llegó a creer incluso en la honradez de los fatídicos procesos de Moscú. Bien que nos haga presentes sus reservas, su intuitiva negativa a doblegarse a la tremenda "destrucción de la razón" operada por Stalin, Fischer nos confiesa que él también creyó. En los años atroces de la



Ernst Fischer.

década de los treinta y de la segunda guerra mundial, un par de hombres excepcionales le ayudaron a salvarse en aquella monstruosa caza de brujas: Dimitrov y Togliatti. La gran lección política que aprendió Fischer en aquéllos se la explicó precisamente Togliatti en unas cuantas palabras: "Si algún día regresamos a nuestros países hemos de tener presente desde un principio que la lucha por el socialismo significa lucha por mayor democracia. Si nosotros, los comunistas, no nos convirtiéramos en los más consecuentes demócratas, la Historia nos arrollará".

Esa convicción de la necesidad de buscar sin tregua las raíces radicalmente democráticas de la teoría marxista, esa convicción de que sin democracia el socialismo no es más que una caricatura, atraviesa todo el libro de Fischer y lo salva de ciertas caídas líricas que no vienen muy a cuento. Como testimonio histórico, su valor es muy alto; por supuesto, mucho más alto que el de la autobiografía de un Havemann, por ejemplo. Mientras que en éste el marxismo es

apenas un pretexto, en Fischer todavía es la gran idea de su vida entera, el sueño de la verdadera emancipación social y política. La muerte sorprendió a Fischer cuando estaba terminando sus Memorias, en 1972. Sus últimos años estuvieron amargados por la tragedia checoslovaca y por su alejamiento de cualquier actividad política. De revolucionario profesional había pasado a intelectual marxista disidente. Lo aceptó con serenidad y con una fe inquebrantable en la capacidad del socialismo para crear una Humanidad nueva. Sus largos años en el Moscú de Stalin podían haberle hecho inmensamente escéptico sobre las posibilidades de transformación humana. Pero como buen revolucionario murió creyendo en que siempre se puede volver a comenzar. ■ JAVIER ALFAYA.

Universidad Complutense de Madrid

Carande, doctor "honoris causa"

Con dos años de retraso, don Ramón Carande ha sido investido doctor "honoris causa" por la Universidad Complutense de Madrid. Este palentino de casi noventa años (nació en 1887), sevillano de vocación y honor desde hace sesenta, se quedó sin recibir el birrete laureado, el libro de la ciencia, el anillo y los guantes blancos el día de Santo Tomás de Aquino de 1975. En la festividad de 1977 (28 de enero), el antiguo catedrático de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad hispalense (jubilado en 1957) ha podido, por fin, escuchar las solemnes palabras del rector con que termina la investidura: "Porque os habéis incorporado a esta Universidad, recibid ahora, en nombre de su claustro, el abrazo de fraternidad de los que se honran y congratulan de ser vuestros hermanos y compañeros". Abrazo que venía a reparar la falta de placet oficial para la investidura de hace dos años. Aquella no tuvo lugar, como entonces dijo Jesús Pabón, "por dos motivos: el segundo porque don Ramón está acatarrado". Al parecer, fue más determinante el primero (ver TRIUNFO números 646 y 663, trabajos de Luis Carandell y Antonio Burgos). Bien ganado se tiene don Ramón Carande este y otros doctorados "honoris causa" (Lille, Oxford,

Asturias para un antropólogo

España, esa desconocida, se va desentrañando paso a paso desde un variado haz de perspectivas, una de las cuales es la socioantropología. Sociólogos y antropólogos están corriendo tras la búsqueda inquisitiva de un conocimiento de la realidad social que, al menos en el campo correspondiente a la antropología, se va escapando o mejor dicho desapareciendo por el aniquilamiento de la sociedad tradicional debido a la industrialización y al proceso de urbanización. El estudio de pequeñas comunidades se produce con una frecuencia inversamente proporcional a la desaparición de la vida rural. Junto a los auténticos profesionales de las ciencias

sociales están los que con un laudable interés hacen sus propios ensayos, hasta el punto de que algunas Universidades se encuentran inundadas de tesis y tesisas "sobre un pueblo". Las pocas áreas que presentan rasgos más peculiares o donde se pueden encontrar acontecimientos de la vida tradicional más llamativos son lugares de cita de antropólogos y etnólogos. De continuar así, a la Alpujarra, al Pas, la Maragatería, a los agotes o los vaqueiros les será aplicable lo que se decía respecto de la familia samoana: que se componía de padre, madre, hijos... y un antropólogo.

Sin embargo, a pesar de este creciente interés, es tal el atraso que tenemos respecto al conocimiento de nuestra propia sociedad, que todavía quedan parcelas por desentrañar. Su aproxima-

ción a Galicia o a Aragón se nos ha brindado gracias a Carmelo Lisón; la de Cataluña o el Alto Aragón, por Esteva Fabregat y sus discípulos; Valencia, por Mira; Castilla, por Aceves; Andalucía, por Isidoro Martín, entre otros; Euzkadi, como muchos otros aspectos, gracias a la erudición de Caro Baroja, etc. Pero, por ejemplo, todavía nos faltaba la publicación de un estudio reciente sobre la vida rural asturiana (si exceptuamos a los vaqueiros).

En "Antropología del territorio" (1), el profesor José Luis García salva sin proponérselo esta laguna al ofrecer el estudio de dos comunidades asturianas en las que ha ejecutado "trabajos de campo" y en donde pone

(1) "Antropología del territorio", José Luis García. Taller de Ediciones. 350 páginas

en práctica la teoría y diversos conceptos metodológicos que constituyen la primera parte de ese mismo libro.

El autor escoge dos pueblos asturianos que participan de una problemática bastante diferente, pero muy fundamental y complementaria en el panorama de la heterogénea realidad social asturiana: Bustillo y Villanueva de Oscos. El primer pueblo pertenece al concejo de Mieres y se ve naturalmente afectado por toda la problemática de la cuenca minera y el carbón, a cuya explotación debe tanto su nacimiento el siglo pasado, como la mayoría de sus vicisitudes presentes y pretéritas. El segundo caso, por el contrario, corresponde a la clásica comunidad rural, con economía agrícola y ganadera, situada en un medio disperso y, sobre todo -lo que es



Colonias), obtenidos todos antes de que en su Patria se le concediera ésta. Carande, el hombre que en "Carlos V y sus banqueros" inventó el coste de las ideas imperiales de Chèvres, Gatinara o Mota, es hombre que podría hacer suyas algunas de las frases que él dedicó a su maestro, Jorge von Below: "Mente luminosa, fértil magisterio". Pero es, sobre todo, hombre sencillo. Tanto que en una de sus visitas al cardenal de Sevilla, acompañando a obreros en paro, podía ser confundido con uno de ellos. O que dijera en la "advertencia" a la reciente edición de su antiguo y no superado trabajo "Sevilla, fortaleza y mercado" palabras como éstas: "Voy aprendiendo, tarde, que además de ser ilícito, aparentar es torpe. Sé muy poco, y prefiero declararlo así. Me quedo más tranquilo...". No ha sido tranquila la vida de don Ramón: catedrático en Murcia, catedrático en

Sevilla, rector de su Universidad, director general en la República, consejero de Estado, depurado tras la guerra civil, antes de todo ello fue viajero (por la Junta de Ampliación de Estudios y siempre guardó agradecimiento a la memoria de Castillejo por este y otros motivos), y en Europa estuvo en Munich, en Berlín, en Viena y en Londres. Pero sobre todo ha sido viajero por los archivos españoles. Aparte de "Carlos V y sus banqueros", de su "Sevilla, fortaleza y mercado" (ver TRIUNFO número 571), sus "Siete estudios de Historia de España" o "El crédito de Castilla en el precio de su política imperial", están los largos años de magisterio académico y, sobre todo, su permanente lección de ética personal, magisterio éste del que, a sus noventa años, sigue, por fortuna, todavía sin jubilarse. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO. Foto: RAMON RODRIGUEZ.

Universidad Autónoma de Barcelona

Una semana de Jordi Carbonell

En esta recuperación de sus señas de identidad, que Catalunya intenta lograr, se ha producido un hecho casi milagroso: la Universidad Autónoma de Bellaterra ha contemplado la aparición del profesor Jordi Carbonell que, durante una semana, ha impartido un cursillo sobre la historia sociopolítica de la Lengua Catalana en la primera mitad del siglo XX. No ha sido la suya una reintegración con honores y con todas las de la ley, Jordi Carbonell no ha regresado a la Universidad, de la que fuera expulsado hace cinco años; tan sólo ha impartido unas charlas breves y amenas, pero como por la puerta de atrás, sin bombo y sin platillos. En un aula de escasas dimensiones, profesores y alumnos han podido asistir a algo que el régimen franquista les había negado tiempo atrás: las clases del profesor Carbonell. Bellaterra, que es un hervidero de gentes a cualquier hora del día, casi no se ha enterado del acto; ningún comunicado, ningún aviso; sí, en cambio, algún suelto en los diarios dando cuenta de este retorno. Jordi Carbonell dice que no es tal; a él le llamó el doctor Laporte, rector de la Autónoma, y aceptó, pero inmediatamente ha

tenido que regresar a su cátedra de Cagliari, en Cerdeña, donde cumple su exilio cultural y docente.

Se sabe que hay ofertas verbales para que el curso próximo regrese de verdad a la Universidad, si bien para que el profesor retor-



ne habrá que pensar en un contrato en firme, porque sería una situación ridícula ver a Jordi Carbonell de "penens" en la Autónoma. Entre tanto, no puede hablarse de "vuelta a casa", tan sólo de invitación, que es la que ahora ha cumplido. ■ JULIA LUZAN. Foto: PILAR AYMERICH.